

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Elko Omar Vázquez Erosa

FANTASMAS

Fantasmas

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 6



Diván

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2013.

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2019.

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Fotografía de portada e interiores: Flor García Rufino

SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS

Elko Omar Vázquez Erosa

Blog:

<http://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

Mientras creía estar aprendiendo a vivir estaba aprendiendo a morir.

Leonardo Da Vinci

I. FANTASMAS DE LLUVIA



Suelo pensarte las tardes de lluvia

si de voces fantasma la memoria
puebla de nuevo los despojos tristes
de la hacienda cubierta por la hiedra,
por esos años sin misericordia
que dejaron de brindarme tu risa,
tu cabello, dorado evanescente.

Enfebrecido te busco en la niebla,
en lo alto de los cerros desolados,
en el brillo de corrientes salvajes
que con sus alas inciertas recorren
los abruptos peñascos del dolor.

Toda tú te me vuelves imposible,
de la lluvia ese breve golpeteo
que acompaña el graznido desamparo
de aves ateridas, sin su vuelo.

Vastas llanuras del silencio

donde vagué en mi soledad,
pese a la factura del tiempo.

Mientras el resto de los hombres
trabajaba su huerto
descubrí la belleza triste
de una hoja lanzada al viento.

Vastas llanuras del silencio
donde buscaba resonancias
de las míticas tierras
que habían contemplado
pasadas perfecciones:
por eso cosechaba
viejas canciones de borrasca...
por eso trazaba con sangre
la agonía de amarte,
de llorarte sin esperanza,
de saberme pájaro espino
cantando la luna y la llama,
clavando una espina en mi pecho,
¡ay!, tiñendo la rosa,

la rosa mística del sueño
que se calla la noche.

Tras la lluvia, las gotas

temblorosas, apenas aferradas
a las flores de hierro de la verja.

¡Qué belleza escuchar

el canto de los pájaros
una noche después
de la suave llovizna!

¡Qué belleza la noche
peleando los instantes
en los que vive el mito
del silencio y el agua!

Maízales azotados por la lluvia,

las torres de la Iglesia en la distancia,
y en el ronco graznido de los cuervos
se apoderaba de alas mi nostalgia,
y en sombríos rincones de la casa
iluminados por el breve rayo
la imagen de aquellos ojos llameantes.

Historias de fantasmas,
desvanecidos cantos espectrales
mezclados con el cristalino rumor
del agua derramada en el tejado.

Recordaba el hechizo de sus manos
y una trenza dorada,
el tenue perfume de viejas cartas
para multiplicar mil pesadillas...
los sueños que ya nunca iba a dejar.

Entonces te metías

en mi imaginación
y como anticipando la tormenta
buscabas en las ruinas un refugio
para disfrutar el vino y el pan,
el contraste del fuego y de la lluvia.

En tus ojos azules
fui aprendiendo, poco a poco, a soñar,
y en aquellos paisajes desolados,
plenos de la fragancia de la hierba,
nos arrullaba el viento,
y el canto melancólico de un pájaro.

¿Qué sé yo del paraíso? Apenas

de unos ojos azules
que en las noches de lluvia
me recuerdan los días, ya lejanos,
cuando sus pálidas y suaves manos
derramaban las furtivas caricias
en mis negros cabellos.

Quizá una de aquellas tardes de otoño
en una apartada banca de piedra
para burlar esa cátedra gris
acompañados por las hojas secas...

las vagas resonancias de un perfume,
y su pelo dorado,
aquel hotel, aquel vino barato
que en las noches de lluvia
nos brindaban calor.

Apenas una suave pincelada
que se confunde en la bruma del tiempo.

En el trémulo espejo

que me deja la lluvia
busco tus manos, tu voz y tu rostro;
en el vuelo de un pájaro
furtivo y ceniciento
espero encontrar aquellas palabras
que nunca nos dijimos,
aquellos ademanes
que me ataron al brillo de tu pelo.

Camino por los bosques,
persigo las corrientes
que forman cascadas sobre las rocas
y las viejas raíces
de los sombríos árboles,
árboles que recuerdan los fantasmas,
esa antigua tristeza
de las casas lejanas
que se desdibujan en la tormenta.

Los días de tu pelo,
los días de tus labios,
anhelo de unos ojos imposibles.

Nostalgia... cuando lloran las ventanas,

si un dejo de perfume en una carta,
cabellera fugitiva en las sombras
de una tarde callada.

Nostalgia si tu nombre se me escapa
de la memoria y los labios traidores,
si en rostros semejantes la mirada
y el gesto te recuerdan.

Espejo frágil de mis sueños

si la tormenta se apodera
de los resquicios de la tarde.

Pájaros de lluvia

Tú, que te dices un pájaro triste
en las tardes de lluvia,
la niña errante que pasa de largo
ante el fuego entrevisto
en lejanas ventanas.

Yo, que me digo de bruma y nostalgia
en las tardes de lluvia,
fantasma errante que pasa de largo
ante el fuego entrevisto
en lejanas ventanas.

Nosotros, arrancados por el viento
en las tardes de lluvia
mientras que los sueños pasan de largo
ante el fuego entrevisto
en ventanas lejanas.

Días de orvallo, la memoria evoca

fantasmas del ayer a lontananza,
entre los horizontes nebulosos
que hace tiempo eligieron
soñar con tu mirada.

Como pálida rosa

acariciada apenas
por los primeros rayos del sol,
como el suave perfume de la lluvia
una noche de fiebre...

...como el vuelo de un pájaro
y la risa de un niño:

esa muchacha tiene
un panal lleno de avispas doradas
en la cabeza
y una tempestad que deja tras ella
olor de hojas y flores.

Ella gusta bailar,
tejer sueños azules
y vestirse de fiesta.

Ella dice sufrir
—sí, parece increíble—
pero un ángel sin alas
carga una enorme nostalgia del cielo,

de montañas y mares,
de ciudades lejanas.

Virginia

En tu nombre, destello vendaval,
refugio de mis tiernos pensamientos,
lamento fugitivo de los pájaros,
conservo la memoria de los días.

Imágenes de la montaña

—viejos espectros del orvallo—
los sueños que fuimos buscando
con deseos de primavera,
anhelos que un día arrancamos
a horizontes imaginarios.

Era ese perfume de alfalfa,
la frágil canción de un arroyo
que entonces dejaba a su paso
la impronta de flores fantásticas,
caricias de brisa y de hojas,
un vuelo de insectos dorados.



Yo me propuse compensar a mi aya

por mis actos salvajes e inmaduros
—monstruosos e indecibles—.

Imaginaba un cuaderno decente
que reflejara los buenos modales
—el catecismo— los albos esplendores,
pero los días lo fueron llenando
—inapelablemente— de poesía.

En palacios ruinosos,
transidos por violentos huracanes,
el espejo cuarteado se afanaba
con los tensos nudos de mi corbata...

Los días se llenaban de poesía,
las horas de problemas,
los minutos de ti...

y los mares furiosos
—ansiosos de indecencia—
tallaban su locura
en reflejos oscuros
de vino y lontananza.

Las sombras que te acechan

detrás de la ventana
tienen la antigua sed de los sepulcros
que bostezan bajo la lluvia helada.

La casa desolada,
los gemidos del viento
prestan su voz a tus miedos secretos,
a todas las potencias de la noche.

En las húmedas calles
las oscuras siluetas
de los merodeadores infernales
te recuerdan tus crímenes sin nombre.

En los ojos de vidrio
de las viejas muñecas,
en los ojos vacíos de los dioses,
adivinas tus culpas infinitas.

Suplicios de la noche,
fantasmas retorcidos
ocultos en las sombras de la casa,
detrás del armario... bajo la cama.

Detrás de la distancia,
roja y enloquecida,
de aquellas cordilleras demenciales
do la muerte suspira entre la niebla.

Yo quisiera vagar,

herido de diluvio,
entre las tumbas tristes
del viejo cementerio
que recuerda, en senderos de nostalgia,
la silueta de aquella niña blanca
que un día, hecho de niebla,
contemplaba las rosas moribundas
de la gélida noche,
de esa gélida noche en que la amaba,
¡ay!, desesperación de mis naufragios,
de mi dolor insomne.

Y nos queremos imperfectamente

y esperamos angélicos amores,
escenarios fantásticos de luz,
de perfume, de dicha y melodía,
y la noche cansada y solitaria
nos sorprende con hordas de fantasmas,
con gotas resbalando en la ventana.

Lleno de tristeza yo te buscaba

en los días amargos y lluviosos,
en las tardes de inasible esperanza,
en el perfume almendra
de aquellas decepciones.

Con cortejos de pálidas visiones
mi corazón ceniza,
embriagado en los senderos de plata
labrados en los mares,
se aferraba al imposible intento
de pretenderte mía.

Lóbregas avenidas

cubiertas por la niebla y el silencio,
transidas de caravanas fantasma,
de figuras sin rostro,
sin nombre ni destino.

Eres fragancia que la lluvia arranca a la tierra,

el canto de la hierba si el viento la acaricia.

Fragancia de vino es terciopelo de tu boca...

Son una mariposa tus labios de amatista
que vuelven a su origen si apurando la copa,
si apurando los sueños que entreteje la brisa,
los suaves, fugitivos suspiros de la fuente.

Con el viento gimen los árboles:

bajo la lluvia pertinaz
y sobre una banca de hierro
una dama llora su pena.

En mis vagabundeos espectrales

por las calles desiertas y mojadas
mis pasos me llevaron
a los viejos sitios que aún recuerdan
el roce de tu rubia cabellera,
el tiempo que murió en nuestros brazos.

Soplo de viento helado
si la mirada, buscando en el parque,
ya no encuentra tu sombra,
y mi rostro de hielo
no recibe más la caricia breve
de tus manos blancas, suaves y finas.

Mi sino... la borrasca,
el viento y el relámpago.

Noche lluviosa entretejida de anhelos,

con oscuras esperanzas de la niebla:
mi copa rebosando melancolía
imita la fuente labrada que llora,
desdibujada por el velo traslúcido:
desgarrados gemidos de la tormenta.

Ayeres... una lápida erosionada
por estas lágrimas frías
que yo te ofrezco a falta de algo mejor,
y es que al paso de los años me doy cuenta
que sólo me queda un llanto de cristal,
la huella desvanecida de tus labios.

De amistad los juramentos

Con la lluvia rapaz y traicionera
los muros de adobe se desvanecen
igual que las quimeras fugitivas
de antiguas y dementes borracheras,
y como instantes previos a la aurora,
como aquellas tabernas que olvidamos,
las viriles promesas de amistad
—juramentos de sangre y de violencia—
se vierten en el humo y en la nada.

Yo me perdía en el oscuro fulgor

de unos ojos profundos donde vivían
las alas negras de la melancolía.

Las calles desiertas, lodosas del pueblo,
parecían llenarse con los recuerdos
de la embriaguez que me daba una mirada.

Húmedos días de vagas inquietudes
en los que soñaba el roce de tus labios,
la caricia blanca de tus manos finas.

Edith: los húmedos días te recuerdan
y vuelven las dulces líneas de tu rostro
y el destello de tu pelo... de obsidiana.

Hace dieciocho años te estoy pensando

pues decir Edith era gritar tormenta,
naufragio, cortejo en torno de una lámpara
de murciélagos heridos por la lluvia.

Ebrio invocaba la magia de tu nombre
para atravesar los bosques encantados,
el patio central de una mansión añeja
diseñada a partir de ecos españoles.

Hace dieciocho años te voy soñando
asaltado por la imagen de tu pelo,
negro fulgor de unos ojos que recuerdan
la antigua noche... contraste con tu piel,

un contraste con caricias que pensaba
de alabastro, cinceladas por la luz.

Ella espiaba turbiones

a través del silencio y las ventanas,
invocaba los antiguos recuerdos
que la habían llevado
de su balcón azul
a mares infinitos... despiadados.

Con alas de tristeza
invocaba su nombre,
tallaba una plegaria en el suspiro
y llamaba a las furias,
y en las fugas y arpegios de su amor
los zarcillos de la melancolía
cincelaban del sueño un blanco rostro,
pálido como las nieves eternas
de la montaña helada,
cual furtivas... furtivas melodías.

II. FANTASMAS DE VINO



Ella tenía la gracia de Oriente,

la pereza engañosa de los tigres,
y de tanto mirar a lontananza
sus ojos se llenaban de infinito,
de aquellas caravanas fantasmales
que transitan los sueños del desierto,
países de la mirra y del incienso
sembrados de palacios fulgurantes.

Vino, suave perfume fugitivo

que sueña con la línea de tus manos,
que recuerda tu voz...
tus ojos de obsidiana.

Fuente labrada...

en la suave penumbra
de la arboleda.

Ojos negros de plácida belleza,

iluminados por una sonrisa
que me arrancaba el alma
llevándome a vagar
por playas silenciosas de la noche.

Ojos negros de mujer... pelo negro,
blanca piel cincelada en la memoria
de efímeros instantes
que atrapaban al vuelo
tu voz, tu aroma: fuente del delirio.

Como si el mundo fuera

una película hecha en blanco y negro
y sólo tú gozaras
el raro privilegio del color.

Era locura buscarte en los valles

olvidados por la dicha y el tiempo,
mas embriagado de luna y de vino
me fui volviendo espectro vagabundo,
hoja seca agitada por el viento,
ave sin nido, grito en la distancia.

Ella escondió su secreto

en la mirada insondable
de una pequeña libélula
que tallara en lapislázuli.

En la verde pradera

las voces de la tarde
hablan de sueños calmos,
somnolientos árboles a lo lejos
murmuran las visiones del mañana;
en el silencio de la carretera
alzo mi copa
y a lontananza
los pájaros van trazando un adiós.

Mientras tanto, mientras toca a la puerta,

sentencia inapelable de la muerte,
sentencia inapelable del fracaso,
evitaré consultar los oráculos,
tan helados, tan grises e invariables.

Mientras caen las hojas de mi vida,
sentencia inapelable de mis años,
escanciaré la copa rebosante,
beberé ese perfume de tus labios
ardientes como el vino y la noche.

Liliana

Presiento en tu sonrisa
jardines luminosos
de países lejanos
y en el fino dibujo de tus manos
las firmes claridades
de nobles inquietudes.

Y de las tardes frías, junto al fuego,
la memoria se roba tu silueta,
el dulce terciopelo de tu voz
que con notas de absenta me seduce.

Y de un lirio tu nombre,
mujer callada, altiva y señorial...
delirio si tu pelo perfumado
tan cerca de mi rostro.

En tus ojos dulces, en esos ojos

que entretejen antiguas ilusiones,
intensas como la noche transida
por un rayo de luna,
ensueño fugitivo
con fragancias de flores misteriosas.

En tus ojos de espacios luminosos
yo quisiera, sin duda, naufragar.

Rosa mística

Antaño fui amante de la tormenta,
de los bosques húmedos y brumosos;
un bárbaro trepador de murallas,
hijo de las musas, fuego y delirio.

Hoy... payaso triste y ave sin vuelo,
galeote del placer
que derramando lágrimas de sangre
suspira por la prístina fragancia
de un cabello oscuro como los mares
que gimen desolados en la noche
sin un rayo de luna que les preste
un sendero de plata y esperanza.

En las desvanecidas madrugadas
trenzadas de silencio,
aderezadas con desvelos rojos
soy una plegaria desesperada,
un lamento sin tregua que imagina
la caricia constante de tus manos,
la redención que brinda una mirada,
el agua de tus labios: Rosa Mística.

La brisa acariciaba

sus oscuros cabellos
y de oro la tarde en pinceladas
con grana y artemisa
recordaba lejanos campanarios
que me traían el deseo ardiente
de recorrer de nuevo
la vera serpenteante del arroyo.

Con los bolsillos rotos,
un poco de artemisa para fumar
—nostalgia del tabaco—
blandiendo tres cuartos de una botella
de absenta esmeraldina
encaminé mis pasos
a los amplios, vacíos galerones
de una mansión en ruinas.

Los muebles destrozados
de salas inferiores e inundadas
traían a la memoria
diciembre, un cementerio de barcos
y la vieja ciudad de Nueva York.

Del verano al invierno
y fumando la hierba de los pobres
sus oscuros cabellos
agitados por el soplo del céfiro
me hablaban sobre los nuevos caminos
del sueño y de la vida.

Al igual que las runas el graffiti
es susurro, secreto y sortilegio.

Al igual que las aguas de la noche
sus ojos misteriosos... de obsidiana.

El tallo de mi copa

es como el tallo de una flor celeste.

A través de unos labios

suaves y rojos, Rachmaninov llora...

a través de los ojos de Natalia.

De niño... recuerdo unos caballos silenciosos

y guerreros presos en las líneas de un dibujo;
mis doncellas blancas, silenciosas y desnudas,
aderezando las negras líneas de un poema.

Crepúsculos ardientes,

crepúsculos en rojo,
valquirias en carruajes
labrados con la sangre
de monstruos y gigantes.



Caricia en los espacios que dejaste

—caricia peregrina son tus ojos—
suave transición de luz y de sombras,
repentina nostalgia... del crepúsculo.

Ya que en tus ojos cabían las olas

yo me embriagaba de brisa y de sol
mientras las bubias cruzaban los cielos
buscando ensueños y playas lejanas.

¡Rojas auroras!, mis labios bebían
el perfume violento de tu piel
y tus ojos, motivo recurrente
de mis ansias sin medida, me hablaban
de palacios y jardines que el mar
recuerda en su nostalgia.

Un viejo vergel

Árboles... difuminados en lluvia,
y el silencio, nudoso, solitario,
va tejiendo con niebla y lontananza
los sueños que desbordan los linderos
del viejo vergel donde yo te amaba,
y la casa derruida se cubre
con la hiedra reseca del olvido
poco a poco, hoja a hoja, gota a gota,
en los tristes otoños ambarinos.

Ámbar mis ojos, cómplices del viento
que te buscan en las memorias rotas,
en pesados racimos de la vid,
al fondo de los restos generosos
de una cosecha pródiga de risas,
de ángeles ardientes que se marcharon
a dormir en toneles polvorientos
de esta hacienda de piedra y de penumbra
que ya sólo visitan los fantasmas.

Cuando la voz no alcance,

cuando la voz no tenga
su prístino refugio
de ansiosas claridades,
y otra vez los faroles
embruados con sueños,
con suaves claroscuros
en las escaleras de piedra verde
que parecen llevar
hacia ninguna parte.

Acaso en la memoria,
acaso en otros mundos
lejanos, intangibles.

Mi niña linda,
mi niña dulce...
mi niña amarga.

Y la memoria mostraba

—como a través de una gasa—

los pasos de una mujer,
de una mujer que buscaba
en las silenciosas playas
coral... estrellas de mar.

En las tardes vagarosas

los jardines solitarios,
arrullados de silencio.

En las tardes la penumbra
se adueña de las casas
y concibe los espacios
de los sueños y las sombras.

Sobre el exquisito arte de fumar

La vida es enfermedad progresiva,
incurable y mortal.

Tus ojos son silencios ambarinos
y la lluvia un mero, dulce pretexto
para invocar los fantasmas del vino
con azules volutas de tabaco.

¡Ah! ¡Gotas de cristal!..

traslúcido escarlata
de amaneceres locos
en mundos musicales:
volutas de coral.

Ars poética

¿De qué sirve un poema?, preguntaba
el zafio y poderoso financiero,
ese émulo barato
de los antiguos próceres.
Entonces le devolví la pregunta:
¿para qué la sesión
de Sade y de Masoc?,
¿y los costosos, rojos verdugones
cruzándote las nalgas?

¿Y para qué ese beso?
¿Y para qué la noche
interminable y triste
en modernos palacios del placer?

En la noche y sobre mi lecho blando

poblado de tristezas infinitas,
de las tibias nostalgias que se enredan
con memorias de enfurecidas playas,
con la antigua fragancia del océano,
me invade tu recuerdo.

Hervor de la selva, copa de absenta,
el estruendo de caballos rabiosos
atravesando ardientes primaveras
aderezadas con perfume y frutas.
Entonces respiraba limoneros
—amargos— como tú.

Una tarde, bajo el lamento distante

de gaviotas recortadas contra el cielo
arrullábamos nuestros lánguidos sueños,
borrachos con la espuma tornasolada,
engendrada por los mares y los riscos.

Recuerdo aquellos días, todos perfume,
contenidos donde tu breve sonrisa,
resbalando como gotas de rocío
por los frágiles pétalos de una rosa.

Entonces era mi oficio el de alquimista...
entonces creaba castillos de naipes.

Amplios ventanales para mirar

los bosques que se mezclan con las casas.

Un carruaje se pierde entre la nieve
con mi última sonrisa.

Bebía demasiado de tus labios,
o acaso el silencio se fue gestando
como pena a mis ansias desmedidas.

Tal vez la respuesta era mi locura,
un destello de luna
que bailaba en mi copa;
no obstante recuerdo obsesivamente
los caminos que te vieron marchar,
inapelable y cruel como los mares.

Concibes las quimeras de la tarde,

los espacios del sol en agonía,

los fúnebres latidos

de la mansión antigua y desolada,

furtivas resonancias del ayer.

En la memoria de tus ojos claros

Emergiendo del fondo de mi copa
los espectros desgarrados de ayer
me recuerdan una sonrisa breve,
esos labios pronunciando mi nombre...
y mis sueños, como fantasmas grises,
se disuelven en la noche infinita,
en la memoria de tus ojos claros.

Tú no sabes amar y con la lluvia
golpeando en los cristales de mi casa
examino mi vida fracasada,
y las grandes empresas abortadas:
esa colección de ilusiones muertas.

Sólo sé contar las horas amargas
con botellas vacías en la mesa,
con ceniceros llenos de colillas
y las negras charlas de la taberna.

Tú no sabes de los desiertos rojos
derramándose ante mis ojos turbios,
ante la nada de mis tristes días.

Tú no puedes recordar y mis pasos,
inexorable, inapelablemente,
recorren los senderos de la muerte.

Danza atrapada:

alas, canto y suspiros...

en el silencio.

Eran sus lágrimas cristales de luna,

el murmullo triste de nocturnas aves
arrulladas por acordes de una fuente
que imitaba la dulzura de sus ojos.

III. FANTASMAS DE INSOMNIO



Tu silencio es el profundo misterio

que los muertos resguardan en lo oscuro,
acaso... porque sueñan primaveras.

Tu silencio es nieve sobre las lápidas
heladas y grises del camposanto,
como esos ángeles hechos de mármol,
de una antigua y enorme soledad
que clama, confundida con el viento,
un breve, pálido rayo de sol.

Le dije las cosas tristes del fracaso,

las razones heladas del desierto,

las sombras silenciosas que nos atan.

El naufragio de toda una raza

parece reflejarse en el espejo:
el bigote forzando una sonrisa,
pero la barba recortada en punta
siempre recuerda a un viejo caballero
a la vez que a un diablo de carnaval.

No hay espadas, galeones ni arcabuces,
ni mundos nuevos para conquistar;
solamente la efigie de un Quijote,
¡ay!, solamente el rostro de un guerrero
con marcas de mil batallas perdidas...
una imagen fundiéndose en el viento.

En tu voz, tu nombre y tus labios,

viven los sueños que me quedan,
los espacios azules de mi fantasía.

En la memoria traicionera:

días breves que me devolvieron el canto,
el dolor, las ansias y el vértigo.

En la fiebre de mis paseos solitarios,
en líneas que trazó tu mano.

Radiante del rocío

que acompaña sus lágrimas,
que brilla en su cabello,
una dama cultiva su tristeza,
esa melancolía fulgurante
con cristales de noches invernales:
ondulaciones suaves de su pelo
de seda y alabastro.

Y pasó el tiempo, y te olvidó mi carne,

y la lluvia perdió sus cualidades,
las inaprensibles voces que hablaban
de reinos espejismo... desde entonces
extravié los símbolos de los mares
y el fúlgido lenguaje de las aves.

Judío errante, piel obsesionada:
en los rojos destellos del hastío
encontré mi sorda, última morada.

Destellos dorados de la mar

en los días rotos de tu ausencia,
en afanes que siguen el curso,
los fantasmas rojos del ocaso.

Estas manos crispadas te añoran
cual nudosas patas de cangrejo
y buscan nociones luminosas
entre sus geológicas memorias,
en recuerdos de animales ciegos
atrapados en la oscuridad
de eternos abismos... olvidados.

El gusto salado de tu piel
—tu canto— tu aroma de nereida.

¡Horribles siluetas de la noche
que reclaman prístinos festones!,
espuma agonizando... en la playa.

Ha pasado la tormenta, despierto

entre las cenizas de la vergüenza,
en los restos desolados del crimen.

Grisés fantasmas de la madrugada
que frente a mis ojos alucinados
murmuran sueños rotos del ayer...

se llaman agonía.

A veces te siento tan burguesa,

tan poquita —tan poquita cosa—
mas de la noche el intenso vértigo
se adueña de tu alma, de tu piel.

A veces, tan rubia te deseo,
como rubio el sueño adolescente
que anhela pureza y fantasía
—rincones distantes del ayer—
dulce refugio de la montaña
marcado por el ángel maldito
con necios perfumes del delirio
que se aposentan donde las horas
deslumbrantes, ¡ay!, de mi fortuna.

Soy cadáver frío sin mis sueños,
los sueños dorados de tu pelo.

El Holandés Errante

En los caprichos del aire y entre las hojas,
desde el ventanal de la ruinoso mansión,
zarcillos trepando la crujiente madera
para imitar los diseños de los demonios
que cortejan la luna, la luna de plata.

De Paganini las fugas entre tus labios
de hipnosis, delirio, voluptuoso rumor
entretejido con los sueños del mar,
con los ensueños tristes de un buque fantasma
cruzando, sin nombre ni destino, la bruma.

¿Qué le hubieras brindado a una mujer,

cincelado en tormenta y lluvia helada,

dolorosa escultura inacabada,

criatura lontananza?

Frente al espejo el ámbar de tus ojos

me revelaba una tristeza antigua,

un anhelo sin nombre ni esperanza.

Espíritu de hielo,

reflejo de mi rostro:

te presiento criatura de otro tiempo,

y visitante ajeno,

postergada epopeya entre las eras,

preludio de batallas por venir.

Había mares en esa mirada

y entre los pliegues de cerros lejanos,
casi irreales,
hallaba un juego de luces y sombras.

Entonces me sedujo la distancia,
la enorme tristeza de los desiertos,
los días rotos,
el olvido de los pueblos fantasma.

Los días se volvieron de ceniza

y en lejanas torres de la ciudad
que semejaban piras funerarias
languidecían los sueños enfermos,

y a la fría luz de un ordenador
una gota de whisky en el café,
aquella raya blanca y fugitiva...

y en esa sonrisa de nieve y sangre
y en tus rojas caricias de vampiro
finalmente extravié mi corazón.

Días de confusión,

aquellas nostalgias devastadoras
—a la medida de mi esquizofrenia—.

Entonces desconocía los límites
de la violencia y del amor ardiente.

Entonces eras parte
de mis lentas visiones recurrentes.

Entonces los días... eran azules.

El tiempo se me va de entre las manos,

¡qué estúpido el silencio!,

qué estúpido dejar pasar el tiempo

cuando tu vida fluye

como el agua furtiva entre los dedos,

y en las hojas de otoño

la misma, delirante melodía.



Fantasmas de la nieve cabalgando

por el blanco silencio de las calles.

En el suave crepitar de las llamas...

mis ojos te recuerdan.

Que mi tristeza sea para bien

y la noche callada, hecha de ti,
me refleje los cielos luminosos
y me brinde valor...

valor para encontrarte en esta trampa,
en este laberinto de tristeza,
de violentos y fáciles placeres...
de hipnóticas miradas.

El viento hecho de rabia,

jirones de un vestido

contra un cerco de púas...

en medio de la nada.

Aquí, en el silencio,

y en las horas pesadas

—talladas en la nieve—

en la ausencia de tus ojos hebreos.

Aquí, querida mía,

le pregunto a la noche

por los cristales rotos,

y por el dulce olvido

que se oculta en sus bordes afilados,

sedientos de mis venas...

hambrientos de hojas secas.

Eran los días mares de ceniza

y mi canto un pájaro de obsidiana
en un vuelo desolado e infinito.

Como la golondrina

que anida en los salones
largamente olvidados
aquella anciana, triste y memoriosa,
habitaba los ruinosos rincones
de una hacienda que se desdibujaba
con los ayes del tiempo.

Reina de los fantasmas

Toda la tristeza es una canción
desvanecida en el silencio oscuro,
tallada por los fantasmas atroces
que se ocultan en la escarcha cortante
de ansiosas, infinitas madrugadas,
y de tus besos, deseo salvaje
que me llevaba a perseguir la nada
en las altas montañas solitarias
cuando mi imaginación desbordaba
hasta el límite incierto del terror.

Toda tú: el graznido de los cuervos,
¡toda tú en la distancia escarlata!,
rodeada de las sangrientas bellotas
que de antiguo los hombres te ofrendaban.

Tú te decías mi condenación,

las horas infinitas
de la futura desesperación,
y en el horror extremo e impoluto
tus caricias, como vidrio molido,
presagiaban cordilleras de fuego.

Lejos y entre la nieve
los dioses ancestrales me animaban
a buscar los parajes desolados,
ajenos a la cruz.

Señora de las noches demenciales
—señora del desierto— te maldigo.

¡Yo te maldigo en nombre de la vida!
En nombre de mis bosques,
de la savia traslúcida y divina
que lentamente horada tus cimientos.

Ella, la de los pechos de alabastro,

espectro desolado que en las ruinas
desafía sus penas infinitas.

Ella: sus ojos negros y profundos,
plenos de noches tristes y nevadas,
de los hielos eternos que reflejan
ambiguos sortilegios escarlata.

Ella conoce el nombre de la muerte,
los sinuosos caminos del olvido,
palacios resguardados por espinas,
las palabras sagradas... cristalinas.

Ante la risa helada del cuchillo

nosotros nos reímos

—y reímos con ganas—.

Un eco de los mares infinitos,
un eco de los mares inconformes:
enemigos de los acantilados
estériles y grises.

Así nosotros...

así nosotros, en las negras noches,
en las cimas de lejanas montañas
invocamos, desesperadamente,
las imágenes viejas y dementes,
miríadas de estrellas,
y las hazañas rojas e imposibles.

Madrugadas heladas...

y tus blancos pies hollando la niebla
exprimían esos vinos malditos,
mezclados con locura y lontananza,
antiguos arrebatos que llevaban
—inescrutablemente—
a fulgores proscritos

de aquellas frías auroras boreales
que en sangre te soñaban... y deseaban.

La ciudad congelada

Transida de silencio,
la ciudad congelada...
y blancas, vagas fantasmagorías
remiten a montañas desoladas
donde tu voz no llega,
donde los vientos gritan
memorias despiadadas,
y la ciudad acuna
sueños de absenta, de licor amargo.

Encuentro en tu mirada
los tristes, infinitos corredores
do murmuran los pálidos espectros
que siempre nos desgarran
con puntas afiladas,
insignias de la muerte
que aparentan espejos
de aullidos fugitivos
que una tarde olvidaron la esperanza.

¿Qué sabes de la lluvia?

¿del viento y de las ruinas?

¿Qué sabes del silencio?

¿y de una vida oscura?

Delirante apostaba con el Diablo
imaginando que la noche ardiente
—inundada de alcohol y lejanías—
me daría tus ojos,
y los negros espacios infinitos
donde el canto, herido y desgarrado,
entre los helados cercos de púas,
se llama soledad:
amores imposibles,
palabras que callamos
y renuncia... renuncia a lontananza.

Y ahora un avance especial de:

Ciudades de sal

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/vsxz3K>

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



I. BAJO EL MANTO DEL PEREGRINO

Cíbola, ciudad situada en medio

de los vientos y las sombras
que no recuerdan el hechizo,
que no recuerdan la plegaria
de los ángeles.

Cíbola, brillando lejos:
el viajero avanza por los caminos
bajo un manto de púas y desamparo.

Cíbola, ciudad amarga,
engañosa para el ojo,
quimera de videntes extraviados,
enloquecidos en los vastos campos
de la soledad.

Cíbola, tierra de fantasmas,
ciudad de llanto
que dibuja la nostalgia.

Agujas de tristeza,
inmensas, desgarradas.

Un cielo cubierto de dragones,
de luminiscencias aserradas
que hienden la montaña.

Este grito sin destinatario,
torrente sangriento de los dioses,
perversa sinfonía de lamentos.

Volaré sin ti...
hacia mares perdidos
del mito y del ensueño.

Pero siempre me atormenta lo inefable,

y es que las palabras, nunca suficientes,
llegan a apagar la sed de mis visiones,
y en espeluznantes desiertos de mi alma
logra brillar, brevemente, la esperanza.

La abuela contaba historias,
compartía sus tesoros
de quimeras y dragones
bebiendo leche y horneando el pan.

Ella imaginaba que del mar
llegarían naves hechas
de recuerdos y leyendas.

La abuela contaba historias
de mujeres aguardando,
dentro de amargas torres de sal,
un regreso prometido
por valientes marineros.

El día en que los ángeles

decidieron castigarnos
blandieron espadas de fuego
y sembraron lágrimas.

Ese día nos miramos
y por un momento pareció
que nos hubiéramos vuelto
viejos y raros.

Ese día cargamos
la culpa infinita del hombre.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Voluptuosidad es la palabra

Imágenes de lluvia

Elko Omar Vázquez Erosa

Poemas de amor y lluvia, no correspondidos.

V E S T I G I O S

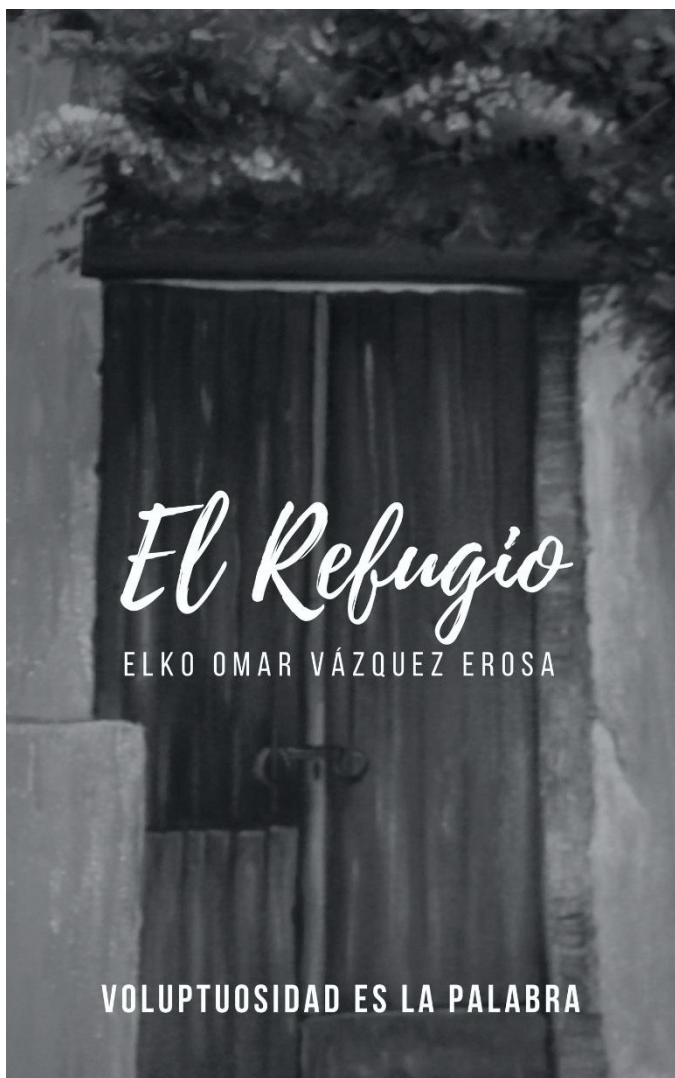


ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

D E A B R I L

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas que lloran el final de la inocencia y que tienen como fondo los mitos dionisiacos.



Poemas íntimos, entretejidos de memorias frágiles,
desvanecidos en el tiempo.

Contenido

I. Fantasma de lluvia, 4

Sueño pensante las tardes de lluvia, 5

Vastas llanuras del silencio, 6

Tras la lluvia, las gotas, 8

¿Qué belleza escuchar, 9

Maizales azotados por la lluvia, 10

Entonces te metías, 11

¿Qué sé yo del paraíso? Apenas, 12

En el tremulo espejo, 13

Nostalgia... cuando lloran las ventanas, 14

Espejo frágil de mis sueños, 15

Pájaros de lluvia, 16

Días de oncallo, la memoria evoca, 17

Como pálida rosa, 18

Virginia, 20

Imágenes de la montaña, 21

Yo me propuse compensar a mi caya, 23

Las sombras que te acechan, 24

Yo quisiera rugar, 26

Y nos queremos imperfectamente, 27

Lleno de tristeza yo te buscaba, 28

Lóbregas avenidas, 29

Eres fragancia que la lluvia arranca a la tierra, 30

Con el viento giran los árboles, 31

En mis rugabundos espatrulos, 32

Noche luminosa entregada de anhelos, 33

De amistad los juramentos, 34

Yo me perdía en el azuro fulgor, 35

Have dieciocho años te estoy pensando, 36

Ella espalaba turbiones, 37

II. Fantasma de vino, 38

Ella tenía la gracia de Oriente, 39

Vino, suave perfume fugitivo, 40

Fuente labrada, 41
Ojos negros de placida belleza, 42
Como si el mundo fuera, 43
En la loana buscarte en los valles, 44
Ella escondió su secreto, 45
En la verde prudencia, 46
Mientras tanto, mientras toza a la puerta, 47
Liliana, 48
En tus ojos dulces, en esos ojos, 49
Rosa mística, 50
La brisa acariciaba, 51
El tallo de mi copa, 53
De niño... recuerdo unos caballos silenciosos, 54
Crepúsculos ardientes, 55
Canica en los espacios que dejaste, 57
Ya que en tus ojos cabían las olas, 58
Un viejo vergel, 59
Cuando la voz no alcanza, 60
Y la memoria muestra, 61
En las tardes rugarosas, 62
Sobre el exquisito arte de fumar, 63
¡Ah! Gotas de cristal, 64
Ars poética, 65
En la noche y sobre mi lecho blanco, 66
Una tarde, bajo el lamento distante, 67
Amplios ventanales para mirar, 68
Conoces las quimeras de la tarde, 69
En la memoria de tus ojos claros, 70
Danza atropada, 72
En sus lágrimas cristales de luna, 73

III. Fantasmas de insomnio, 74

Tu silencio es el profundo misterio, 75
Le dije las cosas tristes del fracaso, 76
El naufragio de toda una raza, 77
En tu voz, tu nombre y tus labios, 78

<i>Radiante del roío,</i>	79
<i>Y pasó el tiempo, y te olvidó mi carne,</i>	80
<i>Destellos dorados de la mar,</i>	81
<i>Ha pasado la tormenta, despierto,</i>	82
<i>A veces te siento tan burguesa,</i>	83
<i>El Holandés Errante,</i>	84
<i>¿Qué le hubieras brindado a una mujer,</i>	85
<i>Había mares en esa mirada,</i>	86
<i>Los días se volvieron de ceniza,</i>	87
<i>Días de confusión,</i>	88
<i>El tiempo se me va de entre las manos,</i>	89
<i>Fantasmas de la nieve cabalgando,</i>	91
<i>Que mi tristeza sea para bien,</i>	92
<i>El viento hecho de rabia,</i>	93
<i>Aquí, en el silencio,</i>	94
<i>En un los días mares de ceniza,</i>	95
<i>Como la golondrina,</i>	96
<i>Reina de los fantasmas,</i>	97
<i>Tú te das mi condenación,</i>	98
<i>Ella, la de los pechos de alabastro,</i>	99
<i>Ante la risa helada del achillo,</i>	100
<i>La ciudad congelada,</i>	102
<i>¿Qué sabes de la lluvia?,</i>	103
 Un adelanto de <i>Ciudades de sal,</i>	104
 Otros libros del autor,	112